

CONSIDERACIONES INICIALES

FABRIZIO MERONI

Secretario General de la Pontificia Unión Misional
Director del CIAM y de la Agencia Fides

La misión no solo representa la naturaleza misma de la Iglesia (AG 2), sino que es el origen, el fin y la vida de la Iglesia. La misión hace a la Iglesia, porque la vuelve mejor instrumento para la salvación. La constituye en comunidad de los salvados, porque es verdadera familia de Dios, hijos en el único Hijo. La Iglesia, sacramento universal de salvación, es mucho más que un medio o un signo que superar. La Iglesia es revelación soteriológica de la Verdad plena sobre el mundo y nuestra humanidad en Dios. «La misión no responde en primer lugar a las iniciativas humanas; el prota-gonista es el Espíritu Santo, suyo es el proyecto (cf. *Redemptoris missio* 21). Y la Iglesia es sierva de la misión. No es la Iglesia la que hace la misión, sino la misión la que hace a la Iglesia. Por lo tanto, la misión no es el instrumento, sino el punto de partida y el fin» (papa Francisco, A los participantes en la Plenaria de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, Ciudad del Vaticano, 3 de diciembre de 2015).

Es conocida la insistencia magisterial y parenética del Santo Padre Francisco sobre la misión, insistencia comunicada en sus expresiones pastorales como Iglesia en salida, Iglesia hospital de campaña, Iglesia pueblo fiel de Dios. *Evangelii gaudium* 15 afirma que la misión debe convertirse en el paradigma de la vida y de la actuación ordinaria de la Iglesia. Se requiere una auténtica conversión misionera de los discípulos de Jesús, de las estructuras de la comunidad eclesial (cf. EG 25, 27), como estado permanente de íntima comunión misionera con Cristo, de encuentro personal con Jesús vivo en su Iglesia. La misión de Jesús puesta en el corazón de la

Iglesia se convierte, por tanto, en el criterio de discernimiento espiritual para evaluar la eficacia de sus estructuras pastorales, los resultados de su trabajo apostólico, la fecundidad de sus ministros y la alegría que somos capaces de comunicar, dado que sin alegría no somos capaces de atraer a nadie (cf. papa Francisco, Encuentro con el Comité Directivo del CELAM, Bogotá, 7 de septiembre de 2017).

Esta exhortativa insistencia del magisterio pontificio sobre la misión pone en evidencia, paradójicamente, una profunda crisis del sentir eclesial sobre la misión misma, y, en especial, sobre la *missio ad gentes*. Se ha difundido entre los bautizados, fieles y pastores, un cierto cansancio misionero en el que la autorreferencialidad eclesial de ciertas Iglesias locales se esconde detrás de supuestas formas de inculturación. Incluso la introversión burocrático-clerical de la actividad administrativo-pastoral parece estructurar la supervivencia de muchas instituciones y de algunos cristianos dedicados al mantenimiento de lo existente y el siempre se ha hecho así (cf. EG 33).

Me parece que se pueden poner en evidencia algunos puntos cruciales para una acción positiva de vida eclesial, haciendo referencia, sobre todo, a la experiencia de la fe y, por tanto, a su inteligencia teológica y a su práctica pastoral, para que la misión se convierta en la forma existencial del bautizado. La *missio ad gentes*, como mandato divino de la Iglesia de ir a todos los pueblos, hasta los confines de la tierra (AG 1), sigue siendo el movimiento del amor de Dios, que invita, envía, convoca y atrae, un movimiento de amor que mide y revela la autenticidad misionera de la vida y del actuar eclesial. Tres me parecen las cuestiones cruciales para una renovación de la conciencia, del ardor y de la responsabilidad misionera.

Antes de nada, es necesario redescubrir el nexo intrínseco entre *misión y salvación cristiana* (AG 7). No se nos ha confiado un producto para vender, sino una vida para comunicar: la de Dios, fruto de su amor, que reconcilia, que es plenitud eterna de la vida humana. La salvación y la vida eterna, la cruz y el sacrificio oblativo, están un tanto ausentes de ciertas preocupaciones pastorales

y misioneras demasiado volcadas en el presente, en la autograti-ficación de los números y la exagerada exposición mediática. La insistencia del papa Francisco en la santidad en el mundo contemporáneo, con la reciente Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* (19 de marzo de 2018) y el documento de la Congregación para la Doctrina de la Fe aprobado por el Santo Padre, *Placuit Deo* (1 de marzo de 2018), recuerdan con insistencia el problema de la salvación en Jesucristo, por la gracia divina, como una experien-cia de vida nueva, de conversión del pecado, de victoria sobre la muerte, de vida eterna. La Iglesia peregrina, su purificación y su gloria son experiencias de comunión de los salvados, de los santos en la familia de los amigos de Dios.

Un segundo elemento que me parece crucial para una verdadera novedad de la Iglesia en estado permanente de misión es la necesidad de recuperar la *relación con el mundo* (cf. GS), que nos incluye a todos nosotros, el mundo que nos rodea, el mundo de la materia, del cuerpo y de las cosas, el mundo del tiempo y del espacio, las culturas y las religiones. La *missio ad gentes*, para recalificar evangélicamente a la Iglesia, exige un replanteamiento de la centralidad bautismal de los fieles laicos y de su secularidad, de su estar ordinariamente en el mundo. El testimonio cristiano recalifica la misión del bautismo gracias a la santidad, nos recuerda el papa Francisco en *Gaudete et exsultate*. El testimonio cristiano encuentra, en la fe eclesial de los discípulos de Jesús y en su competencia profesional, la articulación y la eficacia de estar puestos en el mundo a pesar de no ser del mundo y no provenir del mundo. El fiel laico bautizado, en virtud de la común experiencia de amor conyugal que genera vida y familia, junto a su radical conexión con el mundo y su transformación, gracias a su actividad laboral, exige que se le coloque en el centro de la preocupación pastoral del anuncio, de la vida litúrgica, de la formación catequética y de la caridad comunitaria. Haber reducido la Iglesia al clero y a la pastoral clericalizada, haber achicado el amor humano entre el hombre y la mujer hasta dejarlo en simple actividad pastoral de cuestionable preparación al matrimonio y a su celebración ritual, la

indiferencia hacia el mundo del trabajo, la profesión y la transformación del mundo, requieren una radical renovación de los contenidos sobre los que se nos pide que comprometamos nuestro bautismo y nuestra fe. Presencias cristianas significativas y creativas en lugares mayoritariamente indiferentes u hostiles a la fe, en donde el testimonio cristiano convive a diario con la tragedia del martirio de sangre, los movimientos eclesiales, las asociaciones laicales, los miembros de los institutos misioneros, son experiencias eclesiales a las que hacer referencia para volver a comprender la *missio ad gentes* en su recalificar paradigmáticamente toda la misionariedad de la Iglesia, enviada al mundo para la salvación del mundo.

Un tercer elemento de fundamental importancia para que la misión forje la naturaleza, la vida y las estructuras de la Iglesia se encuentra en la necesidad experiencial y teológica de refundar y de comprender mejor la *lógica sacramental del acontecimiento Jesucristo*, de su encarnación y de su Pascua. La reducción de la misión a anuncio y testimonio de los valores del Reino no solo es una verdadera reducción, sino que priva a la Palabra de Dios y a la realidad del Reino de Dios de la concreta realidad histórico-escatológica de la encarnación y de la eficacia salvífica y transformadora de la obra misionera de la Iglesia, fundada en la Pascua de Jesús. Lo que estaba bien claro para el Concilio Vaticano II, la Iglesia como sacramento universal de salvación (cf. LG 1; 9; 48; AG 1; GS 45), su necesidad arraigada en la necesidad de la fe teológica y del bautismo para la salvación de todos, bautizados o no, parece empañado y desvanecido en algunas reflexiones misionológicas contemporáneas. El bautismo y la confirmación como inmersión e identificación pneumatológica con el misterio pascual; la eucaristía como forma de comunión de verdadera y corpórea unidad de Dios en Cristo con nuestra humanidad; el matrimonio como unidad sacramental de Dios con su criatura humana, de Jesucristo con su Iglesia; la reconciliación y la unción de los enfermos como verdadera liberación y recreación de la vida plena; el sacramento del orden como ministerio al servicio de la forma

eucarística del mundo y de la humanidad redimida, necesitan ser redescubiertos en la reflexión teológica y en la acción pastoral sobre la misión. Sin el sacramento, el amor y la misericordia son vagas intuiciones de fraternidad y de reconciliación que plasmar en criterios mundanos y que establecer de modo asistencial como organizaciones no gubernamentales, como a menudo nos recuerda el papa Francisco. La articulación ponderada y sabia de anuncio, sacramento y testimonio cristiano en la *missio ad gentes* podría ayudar a renovarnos y reformar radicalmente en sentido misionero toda la vida y la actividad de la Iglesia.

En esta perspectiva, y en la urgente necesidad de un despertar misionero, no nos sorprende la decisión del papa Francisco, comunicada públicamente el 22 de octubre de 2017, durante la Jornada Mundial de las Misiones, de convocar un «mes misionero extraordinario» para el mes de octubre de 2019. La celebración de los cien años de la carta apostólica *Maximum illud*, del papa Benedicto XV, se convierte para el papa Francisco en ocasión providencial para pedir a toda la Iglesia que se renueve y se convierta siempre más a Cristo, recalificando evangélicamente su misión.

Una oportunidad cuya calidad celebrativa de oración, reflexión, formación y caridad misionera expresará el estado de interés real y de dimensión misionera de la vida y de la fe de los cristianos. El papa Francisco ha confiado a la Congregación para la Evangelización de los Pueblos y a las Obras Misionales Pontificias la tarea de coordinar en su nombre la preparación y celebración del mes antes mencionado. El «mes misionero extraordinario» representa una oportunidad providencial para renovarnos, recalificando evangélicamente nuestro servicio a la misión de la Iglesia.

Roma, 8 de abril de 2018 domingo
en la Octava de Pascua, domingo de
la Divina Misericordia